



EL 31 DE AGOSTO DE 1813

EN SAN SEBASTIAN

Al recorrer las calles de la ciudad de San Sebastián, tan concurridas y alegres en la presente estación, tropiézase en algunas de ellas con señales inequívocas de haber sido antes teatro de escenas, cuya sola memoria pone espanto en el corazón más empedernido. Es verdad que apenas si queda rastro de las ruinas que produjeron en la infeliz Donostia los huracanes de la guerra, cien veces más desastrosos y tremendos que los del cielo, porque surgió luego de entre ellas más rica siempre y más esplendorosa que antes, gracias al patriotismo, á la abnegación y á la industria de sus moradores.

El recuerdo, sin embargo, de tamaña catástrofe como la de 1813 se mantendrá indeleble, mejor que en esas señales y que en las páginas de la Historia por elocuentes que parezcan, en la tradición lealmente transmitida de generación en generación y que llegará hasta las futuras más remotas tan viva, de seguro, y expresiva como se conserva en la actual desde el 31 de Agosto de aquel año terrible. Así es que mientras la playa, el casino y los paseos rebosan de los forasteros que,

al par de la salud, buscan en tal mes descanso á sus tareas ó esparcimiento á sus ánimos, el genuino donostiarra acude taciturno y melancólico á los templos á rogar al OMNIPOTENTE por aquellos de sus mayores, víctimas en día tan funesto de la barbarie más salvaje.

Hacia más de seis años que una orden del Generalísimo de nuestros ejércitos de mar y tierra, aquel *inolvidable* Príncipe de la Paz, había puesto en poder de los Franceses las fortalezas de San Sebastián que, con las de Pamplona y Barcelona, entregadas algunos días antes, y las de Pancorbo y Figueras pocos después, completaban para Napoleón su plan de dominio en la vasta zona fronteriza de la izquierda del Ebro. Desde ella y constituyéndola en base de sus futuras operaciones, podría el nuevo César desarrollar todo aquel pensamiento económico, político y militar trazado en Tilsit y Erfurt para extender su imperio á los términos occidentales del continente europeo.

Los efectos de la batalla de Bailén no alcanzaron á influir en la suerte de San Sebastián, pues que José Napoleón se detuvo con su ejército en Vitoria al retirarse de Madrid; y hubo de esperar á que el fracaso de Massena en Portugal, el revés de Marmont en los Arapiles y el levantamiento del sitio de Cádiz hicieran que el teatro de la guerra se trasladara el año siguiente á las provincias del Norte para, después de la batalla reñida el 21 de Junio de 1813 en la llanada de Álava, reducirlo, en la frontera ya, al curso del Bidasoa y las escabrosidades de los Alduides y Roncesvalles. La previsión del Emperador de los Franceses, aun pareciendo justificada en principio, quedó frustrada, pues que las batallas de Sorauren y San Marcial fueron así como el preludio de la reconquista de Pamplona y San Sebastián, sustentáculos, los más robustos, de la artera ocupación de la frontera española seis años antes.

Por aquellos días comenzó para la antigua Easo la accidentada crisis que habría luego de traducirse en tragedia tan horrenda como sangrienta y dolorosa.

La fortaleza era respetable, pero si antes había sido descuidada por el gobierno español á pesar de los ejemplos de 1719, al ser conquistada por el duque de Berwick, y de 1794, al entregarse á los soldados de la Convención, no la habían mejorado los imperiales, confinando, sin duda, en la fortuna de su incomparable caudillo. De modo que á nadie, y menos á los ingenieros ingleses podían ocultarse las condiciones de la plaza, sus partes más débiles, cuál, de consiguiente, era el

punto de ataque por donde sería infalible su conquista. ¿Quién, en efecto, ignora la situación de San Sebastián? ¿Quién la de sus fortificaciones al pie y en la cresta del encumbrado monte que así la ampara de los embates del mar como la protege del enemigo que la amenace por tierra? La ciudad era muy otra de la que amuralló Sancho el Fuerte de Navarra y muy otra también de la que nuestro invicto Emperador se empeñó en circuir con nuevas y más robustas fortificaciones que luego los adelantamientos en el arte polémica contribuyeron á que se extendiesen en proporciones considerables por el frente de tierra y se mejorasen no poco en los escarpes del monte y en las otras avanzadas de su castillo. El istmo, así, en que asienta la ciudad, muy angosto en su frente antes del derribo de sus murallas en 1863 y por donde comunicaba con la provincia de que hoy es capital y su más bello ornamento con ofrecer tantos y tan variados en sus montes y valles, aparecía inconquistable por lo robusto y bien entendido de las obras defensivas levantadas para impedir su acceso. Más aún lo parecía en los flancos, bañado el izquierdo por las olas del Océano al inundar la hermosísima bahía por cuya configuración ha recibido el nombre de La Concha con que es conocida; bañado también el derecho por el Urumea, si no de abundoso caudal propio, de nivel elevadísimo en las mareas que se extienden á larga distancia y con ímpetu arrollador que hace la corriente del río infranqueable. Pero ahí y en esas mismas causas y en accidentes topográficos inmediatos que al primer golpe de vista parecen carecer de importancia, es por donde, una vez descubierta la vulnerabilidad de la plaza, ha sido siempre atacada con éxito, si difícil, decisivo. Desprovisto allí el recinto de obras exteriores, resulta sólo precedido del río, vadeable en las bajas mareas y limitado en su margen derecha, opuesta al muro, por dunas que ofrecían dominaciones sumamente favorables para el ataque.

Los ingleses han sido siempre ejecutivos en el sitio de las plazas fortificadas, supliendo los medios que ofrecen el tiempo y el arte con la temeridad, por costosa que pudiera resultarles. Ejemplos elocuentísimos de esos procedimientos, que no pocos de sus ingenieros censuraban, ofrece esa misma guerra de la Independencia; los de Badajoz, particularmente, y el de Ciudad-Rodrigo, en que el asalto siguió de muy cerca á, la marcha de las primeras operaciones del sitio. De modo igual ó parecido procedieron en San Sebastián, apuntándola por la izquierda del Urumea con la ocupación de la isla de Santa Clara, la de

San Bartolomé sobre el camino alto de Hernani y con alguna batería contrapuesta al hornabeque del frente de tierra, para emprenderla resueltamente por la margen izquierda, buscando el abrir brecha en la débil cortina que unía los cubos de Hornos y Amézqueta, bañados, como ella, en su pie por las aguas del Urumea.

Ni se hizo esperar tampoco el asalto; porque á los pocos días de haberse dejado ver de la plaza y de la ocupación de San Bartolomé, el 25 de Agosto, lo acometía la brigada inglesa del general Hay corriéndose por la izquierda del río, cubierta de rocas puestas á seco en la baja mar. El asalto correspondió á la necesidad de su logro por saberse que el mariscal Soult andaba reuniendo sus tropas en el Bidasoa para acudir al socorro de la plaza; pero, no muy practicable la brecha ó defendida con tanta fortuna como valor por los soldados franceses del general Rey que mandaba en San Sebastián, fué ejecutivamente rechazado, teniendo que retirarse los britanos, si haciendo justicia á los adversarios, desatándose en improprios contra sus propios jefes é ingenieros.

De ahí la doble jornada del 31 de aquel mismo mes, simultánea en San Marcial y en San Sebastián; coronada con el éxito más glorioso por el triunfo de los españoles en el Bidasoa y manchada por los ingleses con sus incalificables atropellos después de su entrada en la ciudad del Urumea. Los cañonazos que anunciaban nuestra victoria en los altos próximos á Irún, apenas si se oían en San Sebastián, apagado su lejano estruendo por el aturdidor y espantable que se alzaba en la brecha de la Zurriola, con los estallidos de la pólvora, los *hurras* de los vencedores y las imprecaciones de los vencidos. Porque, efectivamente, después de más de dos horas de un asalto verificado, como el anterior, por el claro que dejaba expedito la ría y secundado por los portugueses vadeando el Urumea con agua al pecho y bajo el fuego de la plaza y del castillo, los ingleses, favorecidos, además, por la explosión del repuesto de municiones que los franceses tenían junto á la brecha, la ganaron, á costa, eso sí, de miles de valientes y de la vida de su egregio ingeniero el coronel Fletcher, sepultado aún con varios de sus camaradas en una de las más pintorescas rocas del monte Urgull que presencié su primer revés y último triunfo.

Nada, sin embargo, ni la abundante sangre que costó lo tenaz y heroico de la defensa, disculpará la conducta de los vencedores á los pocos momentos del asalto. Y no es que se ensañaran en los que aca-

baban de venderles tan caro el triunfo; porque, así como en Badajoz, y era justo, vieron en ellos á los soldados valerosos, adversarios suyos pero defendiendo el honor de las banderas de su patria. No; cebaron su rabia en los inermes habitantes de la ciudad que los esperaban con el ansia del cautivo de tantos años que ve llegado el momento de su redención, con los brazos abiertos y aclamando á sus libertadores. Y mientras los franceses, aunque dejando en su retirada al castillo algún centenar de prisioneros, sorprendidos junto á la brecha, eran, repetimos, tratados con la humanidad que imponen las leyes de la guerra, la soldadesca inglesa ejercía en las calles, en las casas y hasta en los templos, desmanes, atropellos y violencias cuya memoria, según llevamos dicho, pone espanto en el corazón más esforzado.

No es el de hoy día de protestas, denuestos y recriminaciones, que lo es de recogimiento, de oración y de perdón por consiguiente, ya que nunca debe serlo ni lo será de olvido. La Historia se ha encargado de recordar las horribles escenas de que fué teatro la infeliz ciudad, de las que fué la menos imponente el incendio de las casas y de tanto y tanto monumento como daban testimonio de su antigüedad é importancia, de la alcornia y esplendidez de muchos de sus moradores á la vez que del florecimiento de su comercio en ambos mundos. Lo espantoso, lo incalificable es el tratamiento contra las personas, en las que el vencedor, por más que su triunfo debiera imponerle consideración á la naturaleza de ellas y piedad por sus condiciones, se ensañó con feroz insistencia sin atender á edad, sexo ni estado.

Bien pudiera decirse con el poeta latino: «Hæc facies Troyæ cum caperetur erat».

Hay, con todo, que hacer una observación que establece diferencias esenciales entre la conducta de los asaltantes de una ciudad enemiga, cuya destrucción en ciertos casos se halla disculpada en las leyes de la guerra, y la de quienes acuden á librar una plaza aliada de la dominación extranjera. El de San Sebastián era un pueblo amigo, de quien los ingleses no han sabido justificar queja alguna, acto el menos ofensivo que pudiera entorpecer sus operaciones militares; y estando, como está, probado que partió de ellos el incendio y momentos después la serie de crímenes que el fuego no logró ocultar á la vista entre sus tenebrosas nubes de llamas y humo, ni cabe achacar la iniciativa de tales atentados á los franceses, que bastante tenían á qué atender con buscar el refugio del castillo, que ocho días después habían de

entregar á sus perseguidores, ni echar sobre los vecinos de la infeliz ciudad responsabilidades de ningún género por la destrucción de sus propios hogares y la pérdida, mucho menos, de su fortuna y vidas.

Nada: el silencio, al principio, de Graham en sus partes; las despreciativas contestaciones de Wellington al Municipio easonense, después, negándose á disculpar siquiera tamaños atropellos como los de sus tropas, y los insultos en que se desató la prensa inglesa contra los españoles con tal motivo, nada logrará atenuar las proporciones que dan á tan lamentable suceso como el del 31 de Agosto de 1813 la importancia del incendio y la hecatombe que tantos años hace lamentamos.

Y sin embargo, San Sebastián, resistiéndose á toda represalia inspirada por el espectáculo que debió ofrecer tamaña catástrofe y por los lamentos y justísimas quejas de las víctimas, tan fiel y elocuentemente interpretados por sus conciudadanos en sus varias desoidas representaciones y por los historiadores de tan fatal jornada pidiendo reparación ó venganza; San Sebastián, repetimos, ha dado el más raro y generoso ejemplo de la longanimidad de sus hijos. Los ingleses, muertos en el asalto, yacen respetados en sus marmóreas tumbas del castillo; y al venir después á San Sebastián los legionarios que Inglaterra envió á combatir en la guerra civil iniciada al fallecimiento de Fernando VII, en vez de odios y rencores, sólo hallaron sentimientos de confraternidad y aun de gratitud por sus servicios anteriores á la Patria y por los que esperaban nuestros donostiarros para la causa liberal que con tanto entusiasmo habían abrazado. No es ni ha sido nunca el título de Extranjero obstáculo en San Sebastián para el ejercicio del espíritu de hospitalidad que la distingue, tan amplio y generoso que se ha hecho proverbial, no sólo en España, sino en muchas otras partes de Europa. Que si en nuestro país ha sido probado ese noble espíritu en las diversas vicisitudes que han dado ocasión á admirar la guerra y la política, las emigraciones que los problemas religiosos produjeron en Irlanda y en Escocia, como las más recientes que provocó la Convención en Francia, lo han hecho manifiesto al mundo entero por el vehículo de sus cronistas é historiadores.

El olvido de aquella infausta noche del 31 de Agosto de 1813 no es fácil, se hizo imposible; tales, tantos y tan horribles fueron los atropellos que cometieron en ella los que, ofreciéndonos amistad desinteresada y alianza generosa contra un enemigo que sólo con ella logra-

rían vencer después de un largo ciclo de esfuerzos, inútiles hasta entonces, olvidaron, ellos sí, vínculos tan sagrados pretextando sacrificios que, más que en favor de España, hacían buscando para su patria lo que hemos dicho en otra parte al discurrir sobre los efectos de su tan decantada cooperación en la guerra de la Independencia, «el recobro de la anterior preponderancia en los asuntos políticos del mundo, su libertad de acción y la salvación de su industria y su comercio, los intereses más preciados de la Inglaterra, tan utilitaria como arrogante.»

Pero también decíamos en aquel discurso: «Aquella que hoy admirais, perla del Océano, meciéndose en su azulada concha, blandamente recostada en la euskara montaña cubierta de verdor eterno, y nacida para ofrecer paz y ventura en su hospitalario seno, hecha por su misma hermosura y su fatal destino imán de la guerra, de sus furros y estragos, sería hoy montón informe de ruinas sin el patriotismo de los egregios varones que, con semblante livido todavía y cubiertos de luto, decidieron ocho días después en Zubieta la reedificación de su querida ciudad y su renacimiento al comercio y las artes que tanto la engalanaban antes de catástrofe tan horrible».

Eso, pues, y el florecimiento, nunca interrumpido, con que los moradores de San Sebastián han logrado atraerse el concurso y la admiración de las gentes, propias y extrañas, haciendo de la ciudad motivo fundadísimo de orgullo para toda España, deben siempre moverles á, con la memoria y la pena de tal tragedia como la del 31 de Agosto de 1813, rogar al ALTÍSIMO en los aniversarios de día tan infausto por la paz de los que en él padecieron martirio á la vez que por el perdón de quienes, en la embriaguez de la lucha, olvidaron la misión, interesada ó no, de todos modos honrosa, que se les había confiado en nuestra patria.

¿Qué mayor castigo para un ser honesto que la generosidad de su enemigo?

J. G. A.

San Sebastián, Agosto de 1900.

